CUADERNOS historia 16

Los Mayas

Miguel Rivera Dorado y Manuel Ballesteros Gaibrois



16

125 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-80-0, tomo II.
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Figurilla maya de la isla de Jaina

Indice

Culturas prehispánicas

LOS investigadores europeos han sido proclives a considerar las civilizaciones que surgieron en América antes de Cristóbal Colón como manifestaciones culturales ligadas al llamado *mundo primitivo*. Por ello suelen todavía ser clasificadas entre las que fueron descubiertas a la curiosidad renacentista por la expansión iniciada con los viajes y exploraciones del siglo XV. Desde esta errónea perspectiva, la apreciación de las realizaciones indígenas quedó relegada primero a los gabinetes de historia natural y luego a las instituciones dedicadas al estudio del hombre. Tal prejuicio, no exento de arrogancia, está anclado en el cientifismo decimonónico y en el etnocentrismo característico de las sociedades colonialistas que basan el progreso en los avances materiales y tecnológicos.

Felizmente, ideas tan poco sensatas están empezando a desaparecer de los manuales y de las cátedras universitarias. No es ajeno a ello el cambio experimentado por las ciencias sociales e históricas, aunque también es cierto que el profundo conocimiento que ahora tenemos de las viejas civilizaciones del Nuevo Mundo permite corregir muchas afirmaciones precipitadas sobre el lugar que les correspondía en la historia universal. En efecto, el salto cualitativo que se ha dado en los últimos veinte años respecto a lo que podríamos llamar el análisis del modo de vida de las sociedades precolombinas, protagonizado sin duda por arqueólogos y antropólogos culturales, es de tal envergadura que ahora, por fin, nos hallamos en condiciones de trastocar las clasificaciones pretéritas e incluir a aquellos pueblos entre los de la antigüedad mediterránea y oriental.

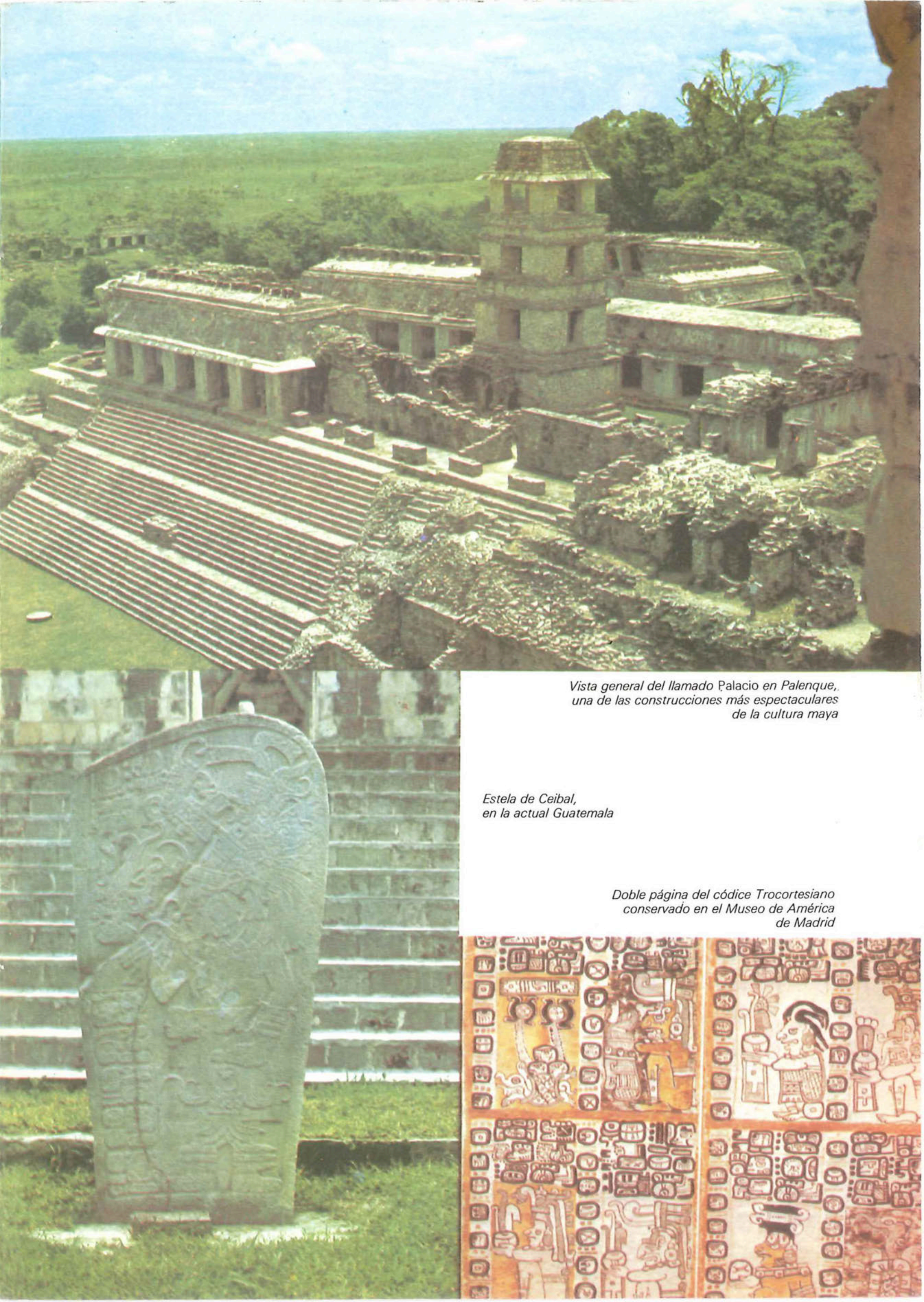
Mayas, incas, aztecas, mochicas, olmecas, teotihuacanos, zapotecas o tiahuanacotas deben ocupar su sitio junto a egipcios, fenicios, sumerios, griegos, hititas o chinos. Antes que nadie son los españoles quienes deben reconocerlo así, siguiendo el ejemplo de sus antepasados del siglo XVI, y extender el conocimiento de unas sociedades a las que avasallaron en la misma medida en que ayudaron a su perpetuación a través de las instituciones coloniales, de las crónicas y del mestizaje.

América empieza en el Polo Norte y termina en el Polo Sur, o viceversa, y en tantos miles de kilómetros del colosal continente se cuentan otros tantos miles de paisajes diferentes, con habitantes antiguos y modernos que han producido maneras diversas de adaptarse al medio y singulares manifestaciones de su especial inquietud por uno u otro de los aspectos de la cultura. Quiero decir que hay gentes nómadas dedicadas a la caza y que apenas dejan o han dejado huellas materiales de su paso, y otras que en rincones favorables o sobre el rudo suelo del páramo elevaron sorprendentes ciudades y tuvieron complicados sistemas de gobierno.

Dos áreas componen la llamada América Nuclear, donde surgieron en la antigüedad los estados más poderosos y las civilizaciones más florecientes: Mesoamérica, es decir, gran parte del territorio actual de México, Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador; y los Andes Centrales, con Perú y parte de Bolivia. En esas vastas superficies, y en casi tres milenios de civilización prehispánica, destaca un pueblo que vivió oculto entre la frondosa vegetación de las selvas tropicales, que alcanzó altas cimas intelectuales y artísticas, y cuyo momento de mayor apogeo se quebró súbitamente sin que nadie haya encontrado explicación plausible a la formidable catástrofe tras la cual quedó el vacío y la desolación.

Los mayas, un nombre que evoca misterios y enigmas que parecen insolubles, pero también una escultura y una pintura exquisitas, decenas de hermosas ciudades engullidas por la jungla, altísimas pirámides sobresaliendo por encima de la maleza, la única escritura verdadera que inventaron los indígenas precolombinos, y una férrea voluntad de libertad e independencia que transformó la empresa de la conquista de Yucatán en una de las más costosas, dilatadas y sangrientas acciones militares que llevaron a cabo los españoles.

Imposible describir en el corto espacio de estas páginas todas las realizaciones y logros de la civilización maya. Pese a todo, resumiremos lo mejor posible la historia maya, hablaremos de su economía, de su organización social, de su religión, de su cultura, de sus increíbles realizaciones artísticas, de su obsesión por la medición del tiempo. Y de los enigmas que todavía plantea la civilización maya, sin duda la más avanzada y rica del continente americano antes de la llegada de los europeos.



Vista general del llamado Palacio en Palenque, una de las construcciones más espectaculares de la cultura maya

Estela de Ceibal, en la actual Guatemala

Doble página del códice Trocortesiano conservado en el Museo de América de Madrid

Los pueblos del maíz

Por Miguel Rivera Dorado
Profesor de Arqueología Americana. Universidad Complutense de Madrid

PARA muchos arqueólogos, lo que caracteriza a la civilización maya es el conjunto de los cuatro rasgos culturales siguientes: una escritura jeroglífica que tiene más de setecientos signos diferentes, un procedimiento particular de cubrir los edificios mediante la aproximación de hiladas y el hormigón, un complejo escultórico y ritual que incluye en asociación estelas y altares, y un sistema de medir el tiempo que parte de un punto inicial o «comienzo de era». Es evidente que hay que reconocer además como típicamente maya el estilo artístico que se desarrolló en una región de las tierras bajas tropicales mesoamericanas durante más de mil años, así como ciertos patrones de asentamiento sociales, políticos y religiosos. El territorio cubierto por tales manifestaciones es el de los estados mexicanos actuales de Yucatán, Campeche, Quintana Roo y zonas de Chiapas y Tabasco, con los departamentos guatemaltecos del Petén e Izabal, el noreste de Honduras y la colonia británica de Belice. Todo él se sitúa por debajo de los 1.000 metros de altitud, tiene altas temperaturas durante todo el año y una abundante vegetación natural que no tolera las heladas.

Los tres períodos en que se divide la evolución de la cultura maya son: el Formativo o Preclásico, entre el siglo X a. C. y el siglo III d. C.; el Clásico, entre los siglos III y X d. C.; y el Posclásico, entre el siglo X d. C. y la conquista española.

Durante el Formativo, gentes que bajan del altiplano de Guatemala van ocupando las orillas de los grandes ríos y lagos del Petén. Vestigios de sus aldeas han sido identificados en sitios como Altar de Sacrificios y Ceibal, en los ríos de la Pasión y Usumacinta. Estos grupos igualitarios, que cultivan la tierra y poseen cerámica, se extienden poco a poco hacia las selvas interiores fundando nuevos poblados, y en ese momento, pocos siglos antes de la Era cristiana, reciben aportaciones de la cultura de Izapa, cuyo ámbito de expansión llegaba desde la costa del Pacífico de Chiapas hasta el lugar de Kaminaljuyú en los altos. Estimulados por estas influencias, los mayas construyen los primeros templos sobre basamentos piramidales e inician los procesos de diferenciación social que habían de culminar en el período siguiente.

Por otra parte, en la fecha maya 8. 12. 14. 8. 15, es decir, en el año 292 de nuestra Era, se talla la primera estela de piedra de que tenemos noticia. El ritmo de homogeneización de la cultura de las tierras bajas viene marcado por la extensión que va alcanzando, a partir de ese momento, la costumbre de erigir estelas fechadas y el culto que acompaña a estas esculturas. Hasta el año 435 sólo se encuentran estelas en Tikal, Uaxactun, Balakbal y Uolantun, o lo que es igual, en una región que comprende los alrededores del lago Petén Itzá y el noreste del Petén. La ideología que emana de estos centros focales llega prontamente y es aceptada en el inmenso territorio; hacia finales del siglo V ya hay estelas dedicadas en Toniná, Copán y Oxkintok, desde Chiapas hasta el norte de la península de Yucatán.

Políticamente, el área maya se encontraba dividida durante el período Clásico en varios «distritos» de tamaño desigual, pero cada uno



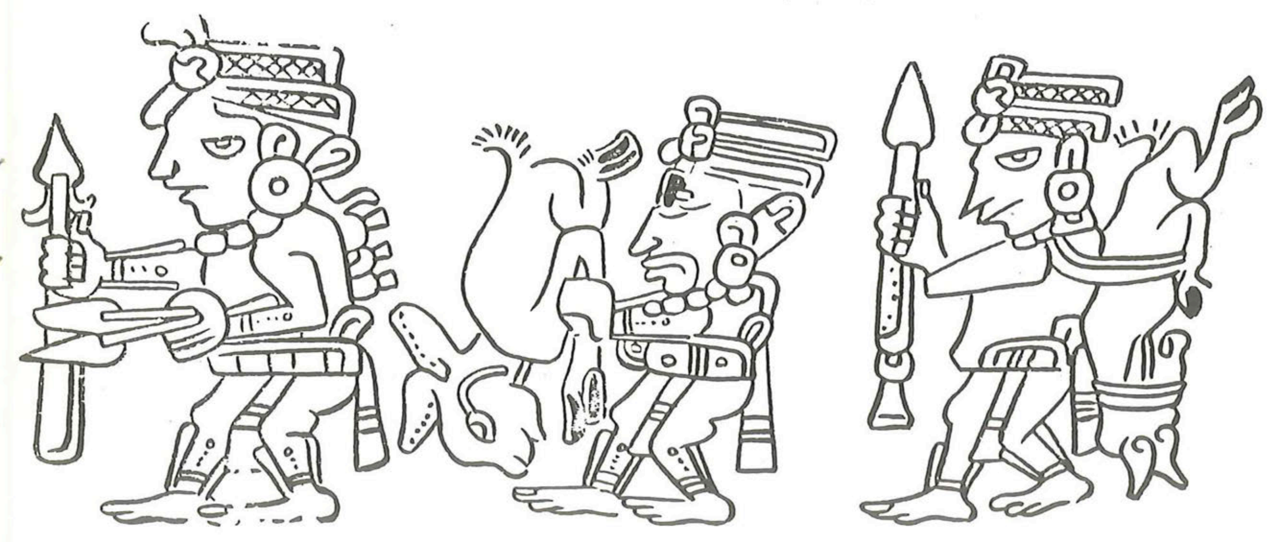


Reproducción de un fresco que representa un pueblo de pescadores (Chichén Itzá, arriba). *Escenas de caza de un venado según el códice Troano. Los mayas practicaron la caza no sólo como forma de subsistencia, sino también como deporte y pasatiempo* (abajo, izquierda y derecha)

bajo el gobierno seguramente absoluto de un señor o Halach Uinic. Hoy en día, después de importantes avances en el desciframiento de la escritura jeroglífica, se han identificado los signos o emblemas de algunos de esos distritos y sabemos los nombres de sus gobernantes. Por ejemplo, el señor Escudo-solar reinaba en la ciudad y distrito de Palenque hacia mediados del siglo VII, y en 671 aproximadamente llegó al poder su sucesor Jaguar-serpiente. Otras listas dinásticas van siendo obtenidas de las inscripciones de Tikal, Quiriguá, Naranjo, Yaxchilán o Piedras Negras, y con ellas los mayas entran en la historia política tradicional.

A lo largo de los siglos IX y X, y por razones todavía desconocidas, son abandonados los centros ceremoniales del Petén, Belice y valles del Motagua y Usumacinta. No se vuelven a grabar fechas completas en las estelas, y la civilización, localizada ahora en el norte y la parte media de la península de Yucatán, toma nuevos derroteros. Este último período, el posclásico, se suele dividir en tres fases:

1. *Predominio de Chichén Itzá:* Esta vieja ciudad clásica fue ocupada hacia el año 987 por un grupo étnico procedente del sur, de la costa de Tabasco probablemente, que se conoce como Itzá. Algo más tarde, otras gentes, mandadas quizás por un señor de nombre



Kukulcán, fundan Mayapán. Todos ellos introducen en tierra maya rasgos culturales toltecas originados en el altiplano de México. Los linajes Itzá, Cocom y Xiú se imponen a las poblaciones preexistentes y modifican de manera sustancial sus costumbres y creencias religiosas.

2. *Predominio de Mayapán:* Después de algunas intrigas, Hunac Ceel, señor de Mayapán, declara la guerra a Chichén Itzá y, posiblemente con la ayuda de mercenarios mexicanos, destruye la ciudad hacia 1200. El poder del linaje Cocom durará hasta 1441 en que, aliados varios jefes maya-toltecas bajo la dirección de Ah Xupán Xiú, saquean Mayapán y matan al Halach Uinic y a sus hijos.

3. *Desintegración:* Con la caída de Mayapán desaparece la última poderosa ciudad-estado de Yucatán. Sigue en la mitad norte de la península un tiempo de guerras y desorganización política, durante el cual más de veinte pequeñas provincias se mantienen en conflicto permanente. A pesar de ello, los españoles tardarán casi veinte años (1527-1546) en conquistar y pacificar el territorio. El último reducto maya en las tierras bajas, Tayasal, logrará mantenerse independiente hasta 1697 amparado en la densa selva petenera.

Economía agraria

La economía maya gira en torno a la explotación de los recursos del bosque tropical húmedo para cubrir las necesidades de una sociedad compleja y estratificada. El modo de producción en su conjunto viene definido por las relaciones económicas entre el campesinado y el grupo dirigente. Tales relaciones se traducen en pautas de comportamiento social y en la ideología que las enmarca. Podemos afirmar, con palabras de Pedro Carrasco, que la base de la economía era una estructura de dominación derivada de la existencia de dos estamentos fundamentales, los nobles que formaban como personal de gobierno la clase dominante, que controlaba los medios materiales de producción, y los plebeyos que eran la clase trabajadora dependiente política y económicamente de la nobleza. La primacía del factor político en la organización de la economía se ve en que es éste el que explica los procesos de producción y distribución. Es indudable que la economía de Mesoamérica era preindustrial, es decir, que la rama más importante de la producción era la agricultura, de la que se obtenían no solamente alimentos, sino materias primas para muchas artesanías. El medio de producción básico es, en consecuencia, la tierra, y tanto la tierra como la fuerza de trabajo estaban controladas por el organismo político.

Los recursos de las tierras bajas pueden dividirse en vegetales, animales y minerales. Entre los primeros el más importante era el maíz, al que siguen los tubérculos, el chile, las calabazas, los fríjoles, el cacao, la vainilla, el ramón o árbol del pan, los zapotes etc., todos ellos de consumo directo e inmediato; y como plantas destinadas principalmente al intercambio o que debían sufrir procesos de transformación, el copal, caucho, algodón, tabaco, achiote y otras semillas colorantes, madera y hojas de varias especies de palmas, y la corteza del *ficus.* Los animales que se cazaban o pescaban con destino a la alimentación o para aprovechar sus pieles, huesos, dientes y grasa, eran venados, armadillos, pájaros de rico plumaje, jaguares, iguanas, y en los ríos, lagos y costas de los mares, una gran variedad de peces, moluscos y crustáceos. Entre los recursos minerales citaremos la piedra caliza, el pedernal, las arcillas y algunas piedras duras.

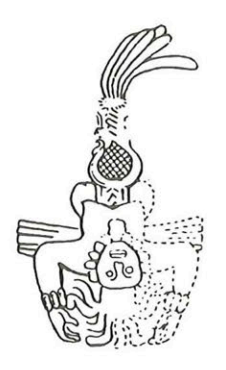
En la sociedad clásica existía una estricta división del trabajo, tanto en términos de edad y sexo como en función del rango y probablemente de acuerdo con las especializaciones adscritas a los diferentes linajes. Observaciones recientes indican que el agricultor maya yucateco trabaja en el campo solamente ciento noventa días al año, con una parcela o milpa de 4 a 5 hectáreas de extensión. De esta manera consigue una cosecha regular que es suficiente para alimentar a toda su familia. Si aceptamos estos cálculos para la antigüedad, el campesino dispondría de ciento setenta y cinco días para las actividades públicas y para los trabajos complementarios de la unidad doméstica. Mientras el hombre, ayudado por su esposa e hijos en las ocasiones precisas, trabaja la tierra, la mujer permanece en la choza preparando los alimentos, confeccionando los vestidos y cuidando de los hijos pequeños, del huerto anejo a la vivienda y de los escasos animales de corral.

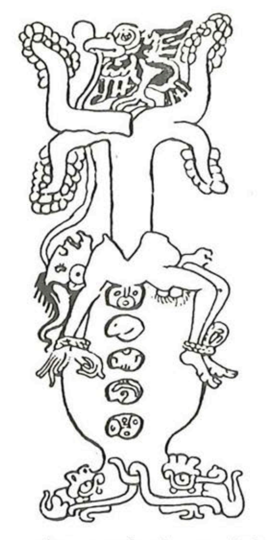
Por tanto, la unidad mínima de producción era la familia campesina. En ella se producían alimentos mediante el cultivo de la milpa con técnicas de roza o barbecho a largo plazo, y se manufacturaban los enseres necesarios para el consumo en el hogar. De los excedentes de producción agrícola se apropiaba la clase dirigente, que utilizaba también la fuerza de trabajo del campesino para la construcción y los servicios en los centros ceremoniales y para el cultivo de parcelas destinadas a los señores o al intercambio estatal. En este sentido, es muy posible que el estado maya mantuviera grandes plantaciones para la obtención de productos de especial significación económica. Entre éstos se hallarían el algodón, el copal y el cacao, bienes de prestigio y cuyo destino se restringía a las minorías gobernantes, a los rituales y al comercio, además de formar parte en ocasiones de la

AREA DE LA CULTURA MAYA

Mapa del territorio donde se desarrolló la cultura maya (arriba, izquierda). *Estela C de Quiriguá* (arriba, derecha). *Vista general del recinto del juego de pelota de Copán (actual Honduras,* abajo)

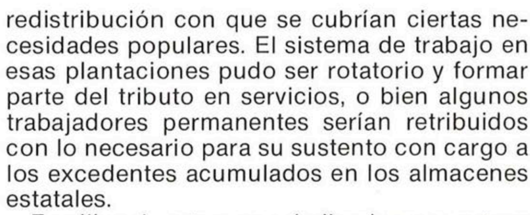








Escenas de sacrificios humanos: De izquierda a derecha: Estela II de Piedras Negras; Estela 14 de Piedras Negras; Códice de Dresde; Códice Tro-Cortesiano



redistribución con que se cubrían ciertas necesidades populares. El sistema de trabajo en esas plantaciones pudo ser rotatorio y formar parte del tributo en servicios, o bien algunos trabajadores permanentes serían retribuidos con lo necesario para su sustento con cargo a los excedentes acumulados en los almacenes estatales.

Familias de artesanos dedicados por entero a esta actividad residirían en el entorno de las ciudades. Su producción era absorbida por el estado, que los mantenía cuando no lo hiciese el grupo de parentesco de que procedían. Es decir, el trabajo artesanal, basado en la transformación de materias primas que suministraba el estado, puede verse como un aspecto del tributo a que estaban sujetos los individuos y los grupos locales, o como una relación de dependencia directa entre el trabajador y el centro ceremonial.

La tierra debió ser desde los inicios del Formativo de propiedad comunal. El campesino ocuparía las parcelas necesarias seleccionándolas en las zonas elevadas y con mejor drenaje. A medida que fue aumentando la población, las tierras escaseaban y eran objeto de competencia entre los miembros de la comunidad. Para dirimir los conflictos, el grupo de parentesco del que salían los sacerdotes tomó a su cargo el control de la distribución del terreno cultivable, sistema que vino a resultar en un dominio efectivo del total de la tierra de la unidad social. El agricultor tenía que responder entonces de la producción de su milpa ante los funcionarios, conservaba lo necesario para el sustento de su familia y accedía a los bienes no producidos en su unidad doméstica a través del sistema de redistribución que le gratificaba por la entrega de sus excedentes.

En muchas sociedades antiguas o primitivas la organización jerarquizada de rango se asocia con la redistribución económica. En estos casos, las posiciones de rango derivan su status de los procesos de recolección centralizada de los excedentes locales, y ese surplus agrícola es intercambiado por el organismo estatal obteniendo así otros bienes que a su vez son redistribuidos entre la población campesina. Es evidente que un modelo de esta clase debe apoyarse en unos buenos canales para el tráfico de bienes y en el monopolio estatal de la actividad comercial.

La pérdida temprana de la autarquía económica en las tierras bajas mayas estimuló un comercio a larga distancia que buscaba relaciones con zonas ecológicas diferentes. El primer paso fue intensificar el intercambio con el altiplano de Chiapas y Guatemala. De allí se traían el jade, la obsidiana, la hematita, el cinabrio, la diorita, las plumas de quetzal, y los molinos y manos de piedra volcánica seguramente ya manufacturados. De la costa del Pacífico llegaban algunas conchas o derivados, como el tinte de la *Púrpura patula,* y también la sal, que se obtenía además en los yacimientos del río Chixoy y en el norte de Yucatán. Las exportaciones comprendían trabajos en pedernal, en jade y cerámica, plumas, piedra caliza, conchas del Atlántico, pieles, caparazones de tortuga, cera, miel, y los productos vegetales antes mencionados, muy especialmente el cacao, el algodón manufacturado o no, el caucho con que se hacían las pelotas del juego ritual extendido por toda Mesoamérica, y el copal que era utilizado en todas partes en las ceremonias religiosas. Ejemplos arqueológicos de este activo intercambio son, por citar sólo algunos, los vasos teotihuacanos hallados en Tikal, la obsidiana del altiplano tan frecuente en los yacimientos del Petén, y las conchas de las ofrendas y de los enterramientos de Tikal o de Uaxactun.

La sociedad

Los orígenes de la organización de la sociedad y de la estructura de poder en el área maya pueden encontrarse en el llamado clan cónico. Es un extenso grupo de descendencia común delimitado y segmentado a lo largo de





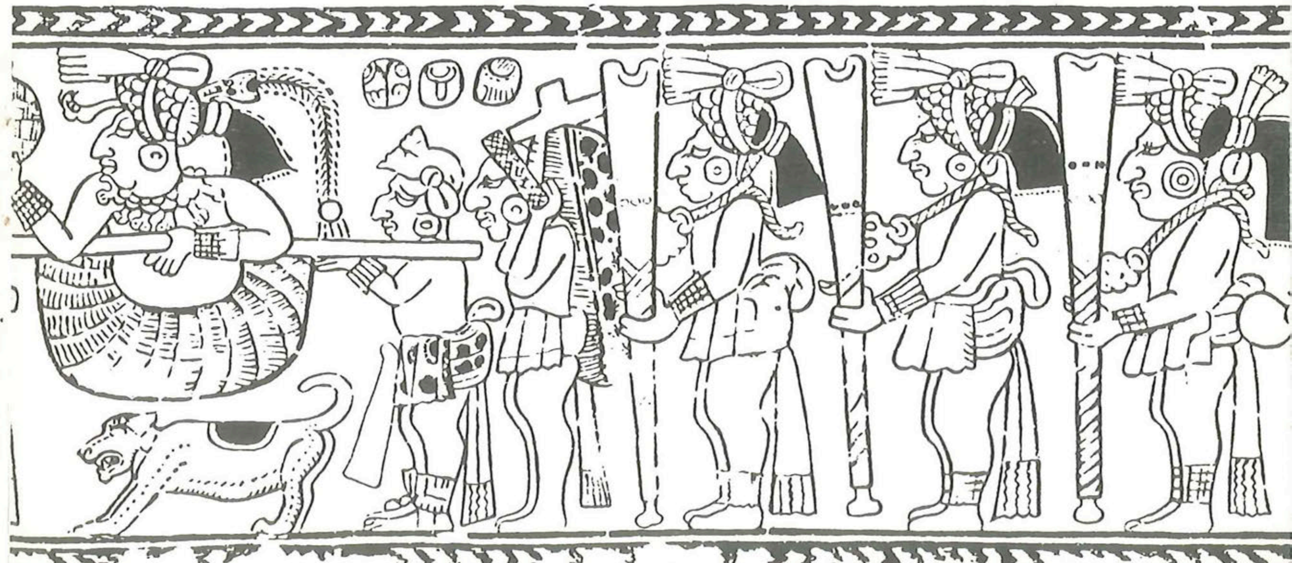
Sacrificios humanos según aparecen en el Templo de los Jaguares. Chichén Itzá (izquierda) *y el Templo de los Guerreros, también de Chichén Itzá* (derecha)

líneas genealógicas. Se trazan distinciones entre los miembros del grupo según la distancia genealógica que los separa del antepasado común: el hijo primogénito de entre los primogénitos es el que ocupa el puesto más elevado. Todos los grupos de descendientes se dividirán en una rama decana o línea principal y otras jóvenes o líneas secundarias. El cacicato como unidad política se levanta sobre el clan como unidad cerrada de descendencia. Pequeños sectores de linaje comprenden o dominan los establecimientos locales y suministran, de su rama decana, los jefes locales. Los principales linajes locales de un distrito están emparentados como «hermanos», es decir, como descendientes de hermanos, y así integran un linaje de orden superior dominante en el distrito. El jefe principal es el descendiente directo del fundador del clan, y este último es exaltado a la condición de divinidad suprema del grupo político.

En los diferentes pueblos primitivos actuales en los que se ha descubierto el clan cónico, y que han proporcionado los datos para su definición a antropólogos como Marshall Sahlins, la descendencia se establece ideologicamente por línea paterna, cada clan posee un territorio o distrito sobre el que ejerce autoridad suprema el jefe de clan y las subdivisiones van asociadas a las ramas del clan y a su frente figuran jefes de linaje. La teocracia maya se apoya en el monopolio de las actividades religiosas por el linaje principal, con el jefe como sacerdote y gobernante supremo y con el fundador del grupo de parentesco como dios y fuente legitimadora de toda autoridad.

En resumen, la sociedad clásica se agrupa en unidades corporadas de parentesco compuestas de familias nucleares que reconocen a un antepasado común. La iniciativa para una estratificación social parte del grado de relación con la línea directa de descendencia de ese antepasado, y se traduce en la desigual distribución de las tierras cultivables y en el acceso diferencial a los bienes consegui-

Escena de un vaso de Ratinlinxul (Guatemala).



dos por medio del intercambio. Si los linajes tenían asignadas funciones específicas entre los mayas, y si el ejercicio de tales funciones confería prestigio, poder y riqueza, fácilmente pudo llegar a configurarse un sistema de castas. La epigrafía nos sugiere que las dinastías gobernantes en los distritos provenían del linaje superior, que se aseguraba así el control efectivo de la tierra y de la organización económica y política en su conjunto. Se daría entonces una endogamia de linaje con matrimonios monógamos, y excepciones en ambas reglas para personas de alta jerarquía cuyos fines matrimoniales se orientaran a alianzas entre diferentes centros ceremoniales.

Los datos arqueológicos parecen sustentar para el comienzo del Clásico un predominio de la línea de descendencia masculina, como se aprecia en las tumbas más lujosas y en la iconografía de Tikal. Sin embargo, en otras zonas de las tierras bajas, especialmente en los valles del Pasión y Usumacinta, y para épocas más recientes, son bastante frecuentes las representaciones de mujeres con igualdad de tratamiento respecto a los hombres. Los relieves de Palenque o Yaxchillán sostienen estas ideas, lo mismo que las inscripciones de estos sitios y de Naranjo o Tikal.

Un tema muy debatido es el del carácter pacífico de la civilización maya. Las investigaciones de las últimas décadas han demostrado la relativa abundancia de enfrentamientos bélicos entre las ciudades y los distritos. El tablero de los esclavos de Palenque y la famosa estela 12 de Piedras Negras son ejemplos de estas luchas, y en ellos se ven prisioneros atados en situación de inferioridad con relación a los personajes principales. Pero posiblemente la síntesis más acabada de la belicosidad maya se encuentre en los murales de Bonampak, en Chiapas, donde se ha figurado una cruenta batalla y los cautivos martirizados que fueron su consecuencia. Por último, empiezan a descubrirse en algunos sitios obras de fortificación y defensa, de las cuales la más significativa es la muralla de Tikal. Estos hechos obligan a una reconsideración de la importancia social de los grupos de guerreros como estamentos especializados y del papel que pudieron jugar como impulsores de transformaciones en la vieja estructura política. Es posible que la preponderancia de las clases militares en el Posclásico, cuyas raíces se creía que estaban en las influencias e invasiones mexicanas, se haya gestado en los últimos tiempos del Clásico con la secularización del sistema cultural y la ruptura del orden jerárquico tradicional.

El jefe político y religioso habitaría, junto con la mayor parte de los miembros de su linaje, en los centros ceremoniales capitales de distrito. En los centros más pequeños podían residir los linajes secundarios cuyos jefes ejercían el poder sobre las comunidades rurales en nombre del jefe de clan. Se establece, por tanto, una red de funcionarios que llevan a los puntos más lejanos las normas dictadas en los sitios principales. Los linajes campesinos acudían periódicamente a las ciudades o centros ceremoniales, bien para cumplir con el tributo y los servicios inherentes, construcciones y toda clase de trabajos públicos, o bien para asistir a las festividades que jalonaban el ciclo agrícola y el año sagrado de 260 días. En tales fiestas, la minoría dirigente, a través del ritual, marcaba el comportamiento ideológico de la sociedad, proponía labores y entregaba recompensas. Todo ello facilitaba la integración y la cohesión de unas gentes que se veían forzadas a vivir dispersas en la impenetrable jungla tropical.

La religión

La cultura maya arqueológica se nos presenta imbuida de religiosidad. Como hemos visto, la organización sociopolítica clásica se basa en la identidad lograda por la participación en las ceremonias. El ritual religioso tiñe la vida del campesino lo mismo que la de los individuos de superior status, y es el principal mecanismo de integración desde el momento en que los grupos de parentesco se ordenan en virtud de su proximidad a un antepasado mítico y divinizado. Las fiestas en los centros ceremoniales trataban de infundir en las masas el sentimiento de lo sagrado por medio de un culto extremadamente complejo y rico. Las gentes alcanzaban un estado de ansiedad con sensaciones de temor, respeto, veneración y acatamiento, y participaban de la seguridad de que el ritual contribuía al bien de la comunidad. Los sacerdotes oficiaban desde lo alto de las pirámides o en el interior de los templos, rodeados por un decorado deslumbrante que debió tener hondas repercusiones en la mente popular.

Algunas de las ceremonias estarían relacionadas con: construcción o dedicación de edificios, erección de estelas y otros monumentos, calendario de las diversas actividades económicas, distribución de bienes, movimientos de los astros y demás fenómenos naturales, transcurso de los períodos de tiempo, nacimiento y muerte de gobernantes y sacerdotes, entronización y comienzos de reinados, victorias militares o preparación de empresas bélicas, bodas y alianzas, fiestas fijas asociadas a ciertos dioses y otras variables según sus manifestaciones y las necesidades de la colectividad y, en fin, todas aquellas celebraciones señaladas en el calendario y que tenían que ver con los antepasados o con hechos sustanciales de carácter vario.

Muy diferente sería el tipo de ritos populares que se llevaban a cabo en el ámbito rural, en las propias unidades domésticas o en las



Altar 5 de Tikal, el más importante centro de la civilización maya

Estela C en la plaza de Copán, Honduras

Estela 10 de Ceibal, Guatemala

capillas levantadas en los campos, y que se dirigían a conmemorar las distintas etapas de la vida de los individuos, a asegurar el ritmo de las faenas agrícolas, a alejar a las enfermedades e impetrar la protección para casas y milpas. Esta es la clase de religiosidad que ha perdurado hasta hoy, después que la oficial desapareciera con la llegada de los españoles, fundiéndose con el cristianismo y dando cabida a infinidad de fórmulas, conjuros y sencillas ceremonias que acompañan constantemente al maya desde su nacimiento hasta su muerte.

Lo que sabemos o podemos deducir sobre la religión prehispánica tiene su origen en los manuscritos indígenas conocidos como libros de Chilan Balam, en el Popol Vuh de los quichés de Guatemala, el Ritual de los Bacabs, todos ellos escritos en maya con caracteres latinos después de la conquista, y en los tres códices posclásicos que se conservan en Dresde, París y Madrid.

Es casi seguro que los mayas, como los mexicanos, creían que la tierra descansaba sobre el dorso de un gran cocodrilo que a su vez flotaba en una laguna. Sobre ella se elevaba el cielo dividido en trece compartimentos dispuestos en trece capas horizontales o en siete niveles en forma de pirámide escalonada, y por debajo había nueve mundos inferiores en los que posiblemente reinaban los nueve Señores de la Noche. La tierra se representa en algunos textos como un cuadrilátero ordenado hacia las cuatro direcciones y asociado a cuatro colores:

Oeste	Negro
Este	Rojo
Sur	Amarillo
Norte	Blanco

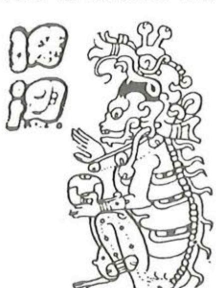
Cada dirección-color comporta un haz de asociaciones: a) Los cielos están sostenidos por cuatro dioses, los bacabs. b) En los cuatro lados del mundo se sitúan los chaces o dioses de la lluvia. c) Itzam Ná, la divinidad más importante del panteón maya, tenía cuatro aspectos, respectivamente asignados a direcciones y colores. Parece que se trata de los cuatro monstruos celestes, frecuentemente representados como cocodrilos o lagartos bicéfalos y a veces como serpientes con una o dos cabezas. d) Las aves llamadas Moan se relacionan también con las cuatro direcciones.

El ciclo mítico maya más coherente llegado hasta nosotros es el del Popol Vuh, o Libro del Consejo. En él se mencionan diferentes edades o creaciones, según la idea cíclica que sobre este tema tenían los indios mesoamericanos. Es una teoría evolutiva que, tras sucesivos perfeccionamientos, conduce a la humanidad actual. En el Popol Vuh, la narración de esta ontogénesis se inicia de la siguiente manera: «Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio, todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo. Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía». Los dioses estaban en el agua rodeados de claridad, y entonces dispusieron la creación: «Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas». Deseosos de ser adorados, los dioses tratan de lograrlo con los animales, pero no consiguen que hablen, por lo cual ensayan a hacer un verdadero hombre de tierra y lodo. Este primer intento resulta fallido, pues los hombres se humedecían con el agua, se deshacían y no se podían sostener, por lo que destruyen su creación y tratan de nuevo con la madera como elemento primordial. Esta humanidad hablaba y pobló la superficie de la tierra, pero no tenía alma ni entendimiento, no pensaba en los dioses, y fueron destruidos por medio de un gran diluvio, y su descendencia son los monos que ahora habitan en los bosques. Por último, los dioses deciden emplear el maíz: «De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre. Unicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron creados».

Pocos dioses mayas tenían plenamente forma humana, la mayoría muestran en las representaciones una mezcla de rasgos humanos y animales. Tienen carácter dual, como síntesis de oposiciones, de manera que pueden ser a la vez benéficos y maléficos, jó-

Dioses del panteón maya. De izquierda a derecha: Itzam Ná, *dios creador;* Chac, *dios de la lluvia;* Ah Mun, *dios del maíz;* Ah Puch,



venes y viejos, masculinos y femeninos. Un mismo dios suele tener varias advocaciones y nombres, lo que da la impresión de que el panteón era más numeroso de lo que debió ser en realidad. Por lo general, los dioses están conectados con períodos de tiempo y con números, a la vez que con colores y direcciones, y es frecuente que en la iconografía o los textos sean mencionados por medio de estos u otros atributos, como lo son en las inscripciones por sus respectivos jeroglíficos.

Los dioses principales de la civilización maya son: *Itzam Ná,* dios creador y conservador de la especie humana, representado primero con aspecto de reptil y después como un anciano. Una de sus manifestaciones, como dios de la fertilidad y de la vegetación, es *Bolon Dz'acab. Ix Chebel Yax* es la esposa del creador y aparece en los códices con una madeja de algodón como patrona del tejido, y a veces volcando el agua de un recipiente, pero casi siempre como una mujer vieja pintada de rojo. *Kinich Ahau* es el dios del Sol y se le representa como un anciano de ojos cuadrados y una especie de línea o lazo por debajo, o bien bizco con un solo diente en la mandíbula superior en forma de T. *Ix Chel* es la diosa de la Luna. Patrona de los nacimientos y las relaciones sexuales. Asociada con el agua del mar y de los lagos y con la tierra. *Chac* es el dios yucateco de la lluvia, cuyo culto estuvo desde fechas remotas muy arraigado entre el pueblo, hasta el punto de que aún hoy es venerado en algunas regiones de las tierras bajas. Tiene una larga nariz colgante y a veces la boca desdentada. En los códices suele llevar en las manos un hacha, símbolo de los rayos o del trueno, una antorcha, símbolo de la sequía, o una vasija de la que cae el agua. *Ah Mun* es el dios del maíz, un personaje muy joven de cuya cabeza sale, o en cuyas manos o tocado aparece, una mazorca o las hojas de la planta del maíz. *Yum Cimil,* por último, es el dios de la muerte, con forma humana y rasgos de esqueleto. Su cuerpo está manchado de negro o amarillo, colores de muerte que simbolizan la descomposición de los cadáveres.

De los relieves, pinturas murales y escenas en la cerámica, inferimos algunos rituales mayas. Fundamentales son los sacrificios humanos, de animales, plantas u objetos. A los seres humanos se les sacrificaba extrayéndoles el corazón, por decapitación, ahogamiento o flechamiento. Tales ceremonias se orientaban a conseguir abundantes lluvias, a evitar determinadas catástrofes o a mantener el orden cósmico. Los oficiantes se purificaban previamente mediante sangrías, ayunos y continencia sexual: se perforaban la lengua, el lóbulo de la oreja o los genitales, con espinas de maguey o de manta raya y dientes de tiburón. Con navajas de obsidiana se hacían profundos cortes en el cuerpo, y la sangre se ofrendaba a los dioses en recipientes preparados al efecto.

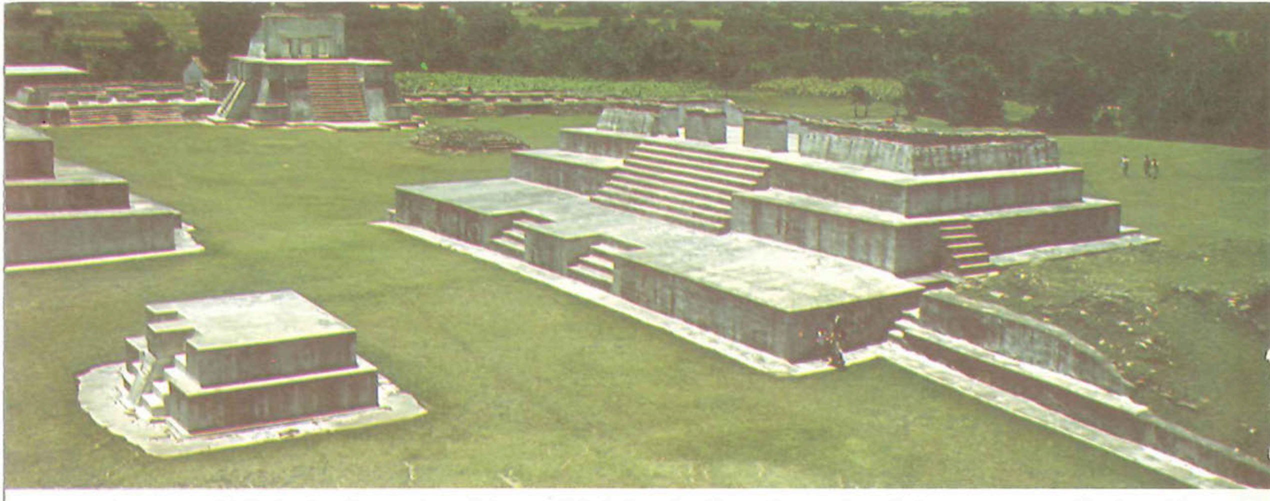
Los ritos funerarios son muy variados e incluyen el sacrificio de acompañantes, la conservación y tratamiento posterior de alguna parte del cuerpo y la ofrenda de vasijas, joyas, utensilios y una cuenta de jade que se colocaba en la boca del difunto. La tumba que mayor cantidad de información ha proporcionado sobre creencias de tipo fúnebre es la de la cripta del Templo de las Inscripciones en Palenque. En ella, el muerto se depositó en un sarcófago con forma de útero y se cubrió con cinabrio. La lápida que tapaba el sarcófago estaba labrada con un bello relieve simbólico en el que se aludía a la resurrección de todo lo que perece, y a su alrededor se acumulaban las ofrendas de cerámicas, adornos y figuras de jade y estuco, conchas con pintura roja e incluso una perla de 13 milímetros de largo. Fuera de la cripta yacían los huesos mezclados de seis jóvenes, entre los cuales una mujer, que fueron destinados a acompañar en su viaje al inframundo al personaje enterrado.

El nombre para los sacerdotes en Yucatán era Ah Kin, pero según sus funciones específicas y su jerarquía recibían otras denominaciones. Los Ahau can mai se encargaban de los cálculos calendáricos, la adivinación y las profecías. El Ah nakom se ocupaba de los sacrificios humanos, y el Chilam de los augurios. Sobre todos estaba el Halach Uinic, supremo jefe religioso y también político. Más imprecisas son las informaciones sobre una orden de sacerdotisas que vivirían en riguroso aislamiento cerca de los edificios dedicados al culto. Parece que sus funciones incluían la conservación del fuego sagrado y que eran muertas a flechazos si perdían su virginidad.

dios de la muerte; dios del viento; dios de la guerra; dios de la muerte repentina y de los sacrificios humanos; Xamán Ek, *dios de la estrella polar*





Aspecto parcial de Zaculeu (Guatemala, período postclásico). Derecha: *Urna o brasero de cerámica con representación de un jefe*

La cultura maya

Por Manuel Ballesteros Gaibrois

Catedrático de Historia de América Prehispánica. Universidad Complutense de Madrid

LA Ciencia, el Arte y la Literatura integran en realidad la cultura maya, aunque sus conocimientos prácticos de agricultura y de gobierno forman, indudablemente, parte también del acervo cultural maya. Creo sinceramente que los mayas son uno de los pueblos más originales en la historia de la Humanidad y que han mantenido con mayor constancia y continuidad la fidelidad a sus patrones culturales. Como sabemos por su historia, la cultura maya se forma precisamente en el lugar donde va a desarrollar todo su devenir como pueblo o, dicho en otras palabras, los mayas que llegan a los altos de Guatemala y que después se instalan en el Petén, en Honduras, Belice y Yucatán —amén de la influencia ejercida en las tierras vecinas— no trajeron consigo la cultura y las formas de vida que les serán propias, sino que las fueron formando todas ellas por obra de la agricultura del maíz y las hortalizas, del clima y de los elementos circundantes, colonizando tierras boscosas o yermas, disputándole a la selva el terreno para la *milpa*.

¿Cuánto tiempo necesita una cultura para formarse? Esta pregunta puede ser contestada de un modo o de otro, teniendo en cuenta las circunstancias. Si el pueblo que forma una cultura está influido por otros que poseen niveles superiores, el proceso puede ser muy rápido, pero si ha de echar los cimientos y construir todo el edificio de una civilización por sí mismo, apenas sin préstamos de otros pueblos, el proceso es necesariamente más largo y sus raíces se hunden en el lentísimo movimiento de superación de formas, desde las recolectoras a las plantadoras rudimentarias, pasando de ellas a las agrícolas intensivas. Viene esta pregunta para considerar la antigüedad de la cultura maya, pivotando sobre una fecha que conocemos: 317 después de Jesucristo. Es la fecha que aparece en la llamada *Plaqueta de Leyden,* que procede probablemente de Tikal o Piedras Negras. En ella aparece un sacerdote oficiando, subido sobre las espaldas de un servidor: lleva una breve inscripción jeroglífica que contiene la fecha indicada. ¿Qué nos dice esta descripción arqueológica? Que en 317 —siglo IV de nuestra era, contemporáneo de las primeras invasiones bárbaras sobre el Imperio Romano— estaban ya hechos y maduros los siguientes elementos: el sacerdocio (Religión), la escritura y el conocimientos matemático, el calendario (Astronomía) y el Arte. Pueblo que fabrica su propia cultura y organiza su sociedad, precisa al menos de cuatro siglos para ello.

Por lo dicho, y sabiendo que el último baluarte independiente maya se rinde a los españoles en 1697, vemos que la duración de la cultura maya, fiel a sus fórmulas artísticas y sociales, religiosas y científicas —con sus altos y sus bajos—, dura dieciocho siglos.

Todo el pueblo maya participó de una misma cultura, con sus variantes regionales, claro está, pero los depositarios y organizadores de la cultura fueron los miembros de la *élite* sacerdotal. Podría decirse que la cultura maya es una cultura esencialmente intelectual, sometida en sus formas más altas —las que vamos a estudiar aquí: Ciencia, Arte y Literatura— a la poderosa cohesión e influencia del clero. Sobre una base económica rural se monta una de las más refinadas culturas de la Humanidad, que mantiene su unidad y la continuidad de sus logros en virtud de la solidari-





dad sacerdotal. A poco que meditemos sobre las características de la cultura maya hemos de asombrarnos, lógicamente, que en Copán (Honduras) y en Palenke (Chiapas), separadas ambas ciudades por cientos de kilómetros y de llanuras y selvas, se usara del mismo calendario y se adorara a los mismos dioses, siendo su arte similar. Este milagro de unificación se debe sin duda a los «concilios» sacerdotales, reunidos para confrontar resultados científicos, corregir la cuenta de los años y otros aspectos similares, ya que todo el panteón religioso es una *fabricación* puramente sacerdotal. En alguno de los altares de Copán nos ha quedado la comprobación gráfica de estas reuniones sacerdotales.

La ciencia

Pueblo agrícola, al maya le era imprescindible poseer una exacta cuenta del paso del tiempo para prevenir el momento exacto del desarrollo del ciclo cultivador. A esta exigencia dio la oportuna respuesta la ciencia sacerdotal, con una minuciosa observación del cielo y la invención de un sistema matemático de extraordinaria precisión.

Siguiendo un orden lógico, debemos pensar que primero fue la observación astronómica y que ella exigió después arbitrar un método para *contar* la regularidad, frecuencia y variaciones de los fenómenos celestes. Por esta razón es muy difícil separar entre los mayas calendario y aritmética.

El calendario

Minuciosas observaciones astronómicas llevaron a los mayas a establecer un *calendario solar,* de trescientos sesenta y cinco días, y para fijar fechas, un *calendario ritual,* de doscientos sesenta días, a los que llamaron, respectivamente, *Haab* y *Tzolkin.* Para lograr su objetivo partieron de la base de dar nombres diferentes a *veinte días,* que se organizaban por *trecenas.* Así, sobre la lista de los veinte nombres superponían trece números, que volvían a contarse desde *uno* al llegar al *catorce.* De este modo, a lo largo del año, un mismo nombre no tenía el mismo número. Combinaron los dos calendarios (suprimiendo los últimos cinco días, por ser número impar) y sólo volvían a coincidir al paso de cincuenta y dos o de ciento cuatro años, ciclos que equivalían a nuestros siglos. Pero como el año no tiene exactamente trescientos sesenta y cinco días, sino horas, minutos y segundos sobrantes, que se acumulan al paso del tiempo, establecieron «correcciones» por medio del ciclo lunar, del ciclo del planeta Venus, contando incluso con la posición de algunas estrellas, como las Pléyades. Sus exactas observaciones hicieron que en la época del Descubrimiento su cuenta del tiempo fuera más correcta que la europea, que exigió, como es sabido, la corrección Gregoriana en el siglo XVI.

Suelo observar, porque es algo que de puro sabido nadie repara en ello, que hay dos modos de contar el tiempo: el de la repetición o «tiempo que va pasando» y el del correr de los años o «tiempo que ha pasado». Para el primero sirve y basta el calendario, pero para el segundo, sobre la base misma, naturalmente, del calendario, es preciso establecer un cómputo o *era;* es decir, un punto de partida que valga para llevar la cuenta del tiempo transcurrido. Esto también lo tuvieron los mayas, y de ahí que las fechas consignadas en sus monumentos, *estelas* (de que luego se trata), nos sirvan para datar los años en que fueron levantados. Ajustar las fechas mayas a las europeas no fue fácil, pero tomando como punto de partida un hecho fechado por mayas y españoles, los investigadores, contando hacia atrás, han podido conseguirlo.

Aritmética y escritura

Hija de la observación astronómica, la Aritmética está estrechamente vinculada a ella entre los mayas. El día y el número *uno* se llaman del mismo modo —*kin*— y se sigue por un sistema vigesimal, salvo cuando se



llega a la cifra del año —nueva coincidencia con el calendario—, siguiendo luego nuevamente. Lo interesante es que para hacer sus cuentas usaron de un sistema posicional, usando del cero, sin que haya habido contacto alguno con los hindúes. Se contaba —en las representaciones gráficas— de izquierda a derecha y de arriba abajo. En la línea inferior se colocaba el *kin*, sobre él el *uinal* y sucesivamente el *tun*, *katún* y *baktún*, *chilkintún* y *alautún*.

Una de las muestras más portentosas del ingenio maya es la invención de una escritura jeroglífica, en el recto sentido de esta palabra. Ya que si *hiero-glifo* significa «signo sagrado», la escritura maya fue exclusivamente sagrada, usada y entendida sólo por los sacerdotes, desde el comienzo hasta la última decadencia, ya que fue entre los mayas que habían abandonado las ciudades y estableciéndose en aldeas donde se hallaron, conservados por generaciones, los *códices* en papel de maguey, de que hablamos luego. La escritura la emplearon en tres materiales y para fines distintos. En piedra, para los edificios y estelas; en los *códices*, hechos los signos a pincel, y en la superficie de los vasos de cerámica.

Como la cultura maya fue la única de las tres importantes prehispánicas que los españoles no encontraron en pleno desarrollo, sino en decadencia, los testimonios sobre todos los aspectos de ella son mucho menos elocuentes que para los azteca o los incas. Las ciudades-santuario habían sido abandonadas y la sociedad se había desorganizado, y, por lo tanto, los españoles no pudieron ver a los mayas en su esplendor para informarnos de cómo eran. Pese a ello, el obispo fray Diego de Landa, en Mérida, compuso su *Relación de las cosas del Yucatán*, que, aunque brevísima, es suficiente para que se la haya llamado la «piedra de Rosetta de la escritura maya». El creyó, como muchos otros después, que se trataba de un alfabeto, pensando que los signos sólo podían representar sonidos. Pero no es así. Gracias a Thompson, Zimmerman, Vollemaere, McKwon y otros mayólogos, se ha adelantado mucho, pero no hasta el punto de que podamos «leer» completamente todo. Gracias a Landa sabemos los signos de los días y de los números, y sobre esta base se ha averiguado que muchas veces también había una interpretación de tipo fonético. Los signos son generalmente cuadrangulares, con las esquinas redondeadas, más rígidos en los relieves y cursivos en libros y vasijas. Hay signos principales y secundarios que varían el significado, y para la representación de los números se valieron de un sistema «romano» y de otro que podríamos llamar «arábigo» o universal de hoy. Un ejemplo del primero es el siguiente:

.	..	...	....	—	=	≡	≡ ....
I	II	III	IIII	V	X	XV	XIX

El sistema «arábigo» era el que servía para las grandes fechas. Cada número tenía su signo o cabeza correspondiente, hasta el *diez*, pero de ahí en adelante el *once* se componía con la mandíbula del *diez* y la cabeza del *uno*, y así sucesivamente. También en nuestra representación gráfica el *once* se compone del



Zoomorfo de Quiriguá (arriba, izquierda). *Detalle de la estela E de Quiriguá* (centro). *Figurilla de Jaina* (derecha)



Cinco vistas de Chichén Itzá: El Caracol, posible observatorio astronómico (arriba, izquierda). *La llamada* Casa de las Monjas *y anexo* (arriba, derecha). *El Chac-Mool* (centro, izquierda). *Paredes de un edificio con el Caracol al fondo* (centro, derecha). *El Castillo o Templo de Kukulkán* (abajo)

primer signo del *diez* (en *uno*) y el signo del *uno,* y el *doce* con el primer signo del *diez* y el *dos,* y así hasta el *diecinueve,* como los mayas.

Fueron, sin duda, los mayas pueblo inventor e ingenioso. Observadores del medio en que vivían, empíricos experimentadores y pacientes repetidores de ensayos, llegaron a aprovechar los elementos que les brindaba la naturaleza. Contemporáneos de los *olmeca* (los hombres del *hule* o *ulmecatl*), tomaron de ellos este material, con el que supieron fabricar pelotas para sus juegos, suelas para sus sandalias, capas impermeables para protegerse de las lluvias torrenciales, tan frecuentes en la zona, y para aplicar cataplasmas, mezclando el hule con otras sustancias. Es posible —aunque hay profundas divergencias entre los etnobotánicos y los geógrafos— que el *invento* del maíz se deba a los mayas, en los altos de Guatemala. Y decimos «invento» porque el maíz —al contrario que el mijo, el arroz o el trigo, etc.— no se halla en estado silvestre y es el producto de una hibridación llevada a cabo por el hombre. Aunque no haya pruebas de ello, puede afirmarse que el cacao *(chacau haa* en su lengua) fue cultivado y aprovechado para bebidas refrescantes o embriagantes, o como moneda.

De igual modo aprovecharon elementos naturales para tintes, como el llamado por los españoles «palo de Campeche» (razón económica de la ocupación inglesa de Belice), *índigo* (por su procedencia, o índico), cochinilla y púrpura. En sus pinturas y decoraciones cerámicas usaron lo que se suele designar con el nombre de *azul maya,* que lo conseguían de la bideilita.

Aunque luego tratamos del Arte, es en este párrafo donde debemos ponderar su ciencia de ingenieros y constructores. No sólo trazaron caminos que atravesaban incluso las lagunas, por medio de elevados terraplenes, sino que fueron los únicos indios americanos que supieron cubrir espacios cerrados con obras de fábrica, es decir, con materiales pétreos. Mientras las cabañas eran de madera, paja y cañizos, como siguen siendo hoy, los palacios y los templos eran de cantería, con falsas *bóvedas de saledizo,* conseguidas por aproximación de hiladas o grandes losas inclinadas. Sin poleas, ya que desconocían el uso de la rueda como todos los indios americanos, levantaron enormes pirámides de cerca de cincuenta metros de altura y «acrópolis» impresionantes. El esfuerzo ingente de llevar sillares tallados a muchos metros del suelo sigue siendo una proeza increíble.

El arte

El arte maya surge, como el de las otras culturas paralelas de Mesoamérica, del período formativo, del que cada una de ellas toma los elementos que más de acuerdo están con los materiales de que dispone y su propia idiosincrasia. De todas éstas es sin duda la maya la que posee el arte más original y peculiar, dentro del general parentesco que las une. Veamos cuáles son sus características y principales manifestaciones.

Recordemos, en primer lugar, que hay una serie de siglos —del II o III de la Era Cristiana hasta el X— en que prácticamente el mundo maya no recibe influencia exterior alguna, salvo la derivada del contacto entre Teotihuacán y Kaminal-Juyú, centros entre los que debió existir una relación comercial, como lo prueba alguna plaqueta maya hallada en Teo-









Palacio de Sayil, Yucatán, uno de los más bellos edificios del estilo regional Puuc. Altar Q de Copán, Honduras (abajo)

tihuacán. A este período, al que podemos calificar de «clásico», corresponde el verdadero y original arte maya y ocupa territorialmente la amplísima zona que va desde Honduras y Belice, por el Petén, a Guatemala y Chiapas. A fines del siglo X, como se ha visto por la referencia histórica que se expone en otro artículo de esta revista, las ciudades de este territorio son abandonadas y las *élites* gobernantes —que son las depositarias de las normas culturales, como se ha dicho— emigran al Yucatán y allí se fundan nuevos centros urbanos y ceremoniales, que tienen básicamente los mismos patrones mayas, pero sobre los que se ejerce una fuerte influencia tolteca y mejicana. Hay, por lo tanto, dos períodos artísticos diferenciados, notándose en el yucateco la decadencia de algunas artes, como la cerámica, el relieve y la pintura, variándose el concepto constructivo en muchos aspectos estructurales y decorativos. Si hubiéramos de dar una calificación global, que está reñida en cierto modo con las ideas generales sobre el desarrollo de las artes en el mundo, diríamos que el período clásico es *más barroco* que el yucateco, que es más sobrio y utilitario.

Añadamos una certera observación de Erick Thompson: todo en el arte maya está hecho al servicio de los dioses, lo que corrobora la dirección sacerdotal de la vida maya.

Tres tipos principales de edificios levantaron los mayas: templos, palacios y juegos de



pelota, todos ellos de piedra. La base del *templo* es lo que suele llamarse «pirámide escalonada» o construcción superpuesta de varias plantas tronco-piramidales o cuadrangulares. Esta base no es propiamente el templo, que está constituido por un edículo o «casa» con una o más puertas, a la que no entraba el aire y la luz más que por ellas. No hay ventanas. La cubierta —por el sistema ya indicado—, exteriormente, es distinta en el período clásico y el yucateco: en el primero reproduce en piedra las cuatro vertientes de la choza, mientras que en el yucateco es completamente vertical. Otra diferencia importante es el «peine», al decir de los arqueólogos locales, o *crestería,* que corona los templos clásicos, al tiempo que este aditamento desaparece en el segundo período. La decoración del exterior de las paredes es de relieves o materiales constructivos en el período clásico y de cabezas del dios Chac, de enormes proporciones, con narices ganchudas, en el del Yucatán.

También la pirámide es distinta. Los templos de Palenke, Tikal y otras ciudades clásicas tienen una sola escalera frontal de acceso a las puertas del templo, y en el Yucatán —como el famoso «castillo» de Chichén Itzá— aparecen las cuatro escaleras, una por cada frente, del plano tolteca.

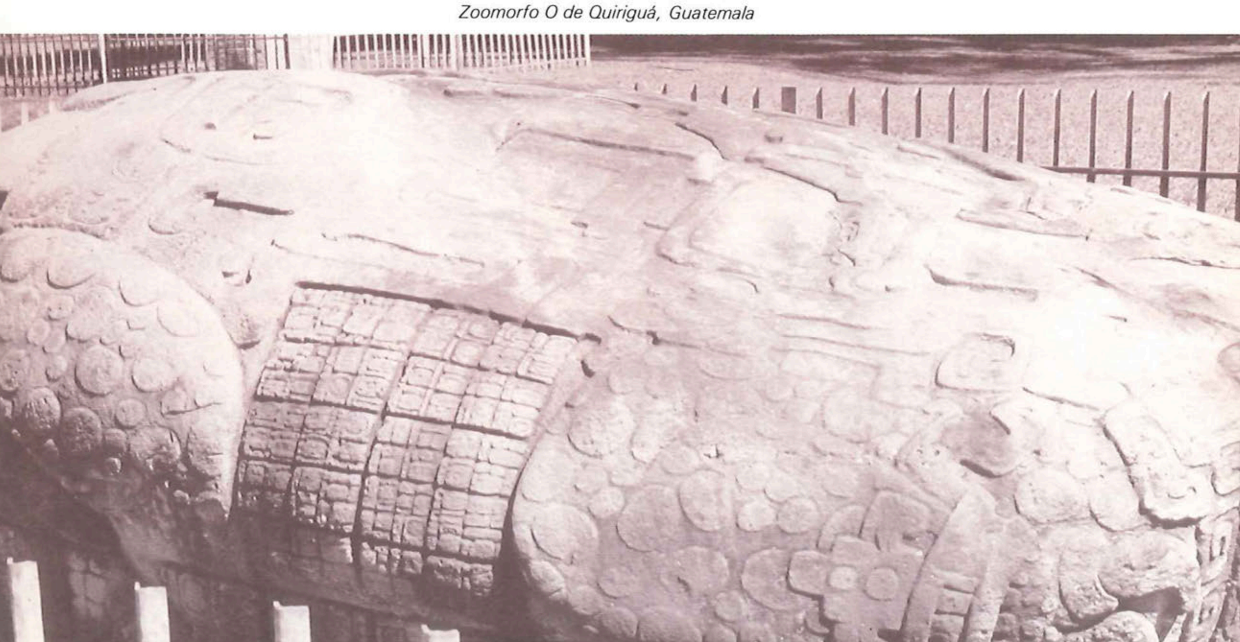
Palacios hay, e importantes, en los dos períodos, siendo probablemente más bellos los del Yucatán. El sistema constructivo, sin embargo, es el mismo del templo, pero formando largas naves, con muchas puertas, y levantando varios «pisos», aunque esto no debe tomarse literalmente, ya que los superiores no descansan sobre los inferiores, sino que están retrancados y poseen firme propio sobre que asentarse. Son lo que los arqueólogos han llamado, indebidamente, «acrópolis». Son especialmente notables *el Palacio* de Palenke, con una torre, única en su estilo; el del *Gobernador* y el *Cuadrángulo de las Monjas,* en Uxmal. Uxmal es la sede de la vieja tradición clásica, quizá porque allí llegó la primera emigración («pequeña bajada») procedente del Petén, en el siglo X.

Los *juegos de pelota* son construcciones singulares, realizadas sobre la misma planta en los dos períodos (una doble T), pero con una notable diferencia. En el tiempo clásico las paredes laterales están inclinadas y sobre ellas hay cabezas de papagayos que tenían la función de «contadores» de los tantos, mientras que en el período yucateco —y el ejemplo más representativo es el de Chichén Itzá— las paredes son verticales y tiene cada una un aro de piedra por el que había que pasar la pelota. Este es el mismo sistema de los mejicanos.

Escultura y pintura

Sin duda fue concebida igualmente como un servicio divino y su época de esplendor es también el período clásico, ya sea en finísimos relieves en estuco —como el del templo de la «Cruz Foliada» de Palenke— o las estelas de Piedras Negras y Tikal, o las tallas delicadísimas de las jambas de las puertas, en madera, de esta última. Quizá el relieve es lo que más sobrevive al cambio del Petén al Yucatán, pues son notables los del *Friso de los Jaguares,* en Chichén Itzá, en medallones. Verdaderas estatuas, en sentido de una obra

Zoomorfo O de Quiriguá, Guatemala



escultórica que pueda ser contemplada desde todos sitios, no tuvieron, aunque sí hicieron esculturas de bulto, pero para ser adosadas a un muro, como el *huehueteotl* (con palabra mejicana), la *Niña que canta* o los jaguares rampantes de Copán.

Originales, y por ello merecedoras de mención especial, son las estelas escultóricas y altares de Copán y Quiriguá, de grandes proporciones estas últimas. Figuras de oficiantes aparecen en las dos caras de la estela, talladas en altísimo relieve, con expresivas caras y grandes tocados de máscaras y plumas sobre las cabezas. A los lados, verticalmente, las filas de jeroglíficos, donde el escultor hizo gala de la minucia de la talla, conseguida con escoplos de piedra.

Por desgracia, no nos quedan muchas muestras del arte pictórico maya, pero sí las suficientes para que sepamos de su calidad, que es más superior en el período primero que en el segundo. En Bonampak —que debería llamarse «la capilla Sixtina» del arte maya— una sola habitación, completamente decorada de franjas con escenas, es suficiente para mostrarnos el conocimiento maya en la representación de la figura humana y —pese al simplísimo sistema— representar animadas escenas. Esta excelencia se pierde en el Yucatán.

Lo que asombra es la seguridad del trazo, que ya se observa en los relieves, que precisaron de un esquema previo y que se manifiesta en la sobriedad de líneas. Todo esto debió ser aprendido en escuelas sacerdotales y por ello la soltura de pincel del pintor maya aparece en toda su frescura en los tres códices que se conservan. Estos son el *Tro-cortesiano* del Museo de América de Madrid y el *Dresdense* y el *Pereziano* de la Biblioteca Nacional de París, únicos que se salvaron de la destrucción de que se les hizo objeto.

Podría pensarse que un pueblo como el maya, que tuvo una verdadera escritura, habría legado también una copiosa literatura escrita, y, sin embargo, no es así, ya que los «textos» que poseemos (los códices) no son para ser leídos literalmente, ni de lo que sabemos de ellos se puede ni siquiera intuir la sombra de algo referido a sintaxis, gramática o estilo literario. Se puede hablar de vocabulario, de construcción del verbo o verbalización de sustantivos, así como de construcción de frases, etc., pero nada más.

Sin embargo, tenemos muestras de cómo construían un lenguaje escrito gracias a los textos mayas —transmitidos sin duda oralmente en su parte más antigua— de carácter histórico, como el *Libro de los Libros de Chilam Balám,* el más notable de los cuales es el de Chumayel. Históricos son también el *Memorial de Sololá (Anales de los Cakchikeles)* y el *Título de los Señores de Totonicapán.* Se trata en todos los casos de monótonas obras históricas, como los primeros libros de la Biblia, de estilo seco y reiterativo, escritas en las diversas lenguas mayances —especialmente quiché y cackchikel—, con caracteres latinos.

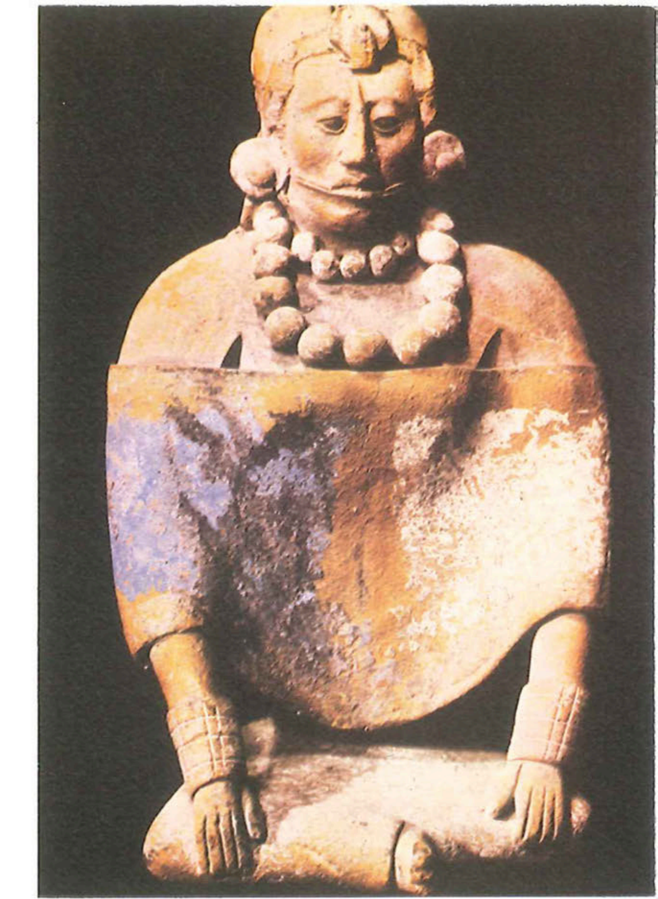
Pero sí tenemos un verdadero monumento literario en el libro sagrado de los mayas o *Libro del Consejo,* el famoso *Popol Vuh,* que llegó hasta el siglo XVIII secretamente transmitido por los indios de generación en generación, pero que tuvo la fortuna de ser rescatado para la posteridad por el padre dominico fray Francisco Ximénez, natural de Ecija. Con razón llamó José Imbelloni al *Popol Vuh* uno de los génesis americanos, pues es equiparable a las versiones de otros pueblos sobre el origen del mundo y de los hombres, pero lleno de una plácida y sorprendente poesía. Termino copiando los primeros párrafos del *Popol Vuh:*

> «Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado y vacía la extensión del cielo.
>
> Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía».





Otra vista del Castillo o Templo de Kukulkán de Chichén Itzá (abajo, izquierda). *Cuatro figurillas provenientes de Jaina*







Misterios y enigmas

Por Miguel Rivera Dorado
Profesor de Arqueología Americana. Universidad Complutense de Madrid

TODO el que ha viajado una vez en su vida por América Central ha podido comprobar la importancia del maíz. Las milpas o sementeras se extienden hasta el horizonte; en los bosques, a finales del invierno, es fácil ver las columnas de humo que señalan el lugar en que se está quemando la floresta, las cenizas serán el adecuado fertilizante, los indios plantarán en seguida agujereando el suelo levemente con el palo aguzado, y de repente vendrán las lluvias fecundadoras. Los habitantes de los caseríos son por fuerza vegetarianos, el maíz es su vida, y lo cocinan y preparan de muchas diversas maneras. Al aproximarse a una aldea maya no es raro oír el rítmico aplauso de las mujeres que palmotean al preparar las ubicuas tortillas; quizá sea el maíz el verdadero símbolo de la relación necesaria entre el hombre y la mujer, pues el primero lo cuida en la parcela, y la segunda lo transforma en la dorada pasta que la familia debe ingerir para conservar la fuerza y el aliento.

Sin embargo, con los procedimientos que ahora se utilizan en la península de Yucatán, y que se supone eran también característicos de las poblaciones antiguas, los campos no rinden lo suficiente como para alimentar a las decenas de personas no productoras, encargadas de los asuntos políticos, religiosos o intelectuales, que constituyen el sello inconfundible de cualquier civilización. Esta al menos es la opinión de bastantes autores, expertos en ecología y otras disciplinas afines.

El problema es: ¿cómo fue posible que los mayas, con la primitiva agricultura de tala y quema, que requiere prolongados períodos de barbecho y da una muy desfavorable relación entre superficie de cultivo y volumen anual de la cosecha, hubieran erigido una espléndida civilización en los bosques tropicales? La polémica ha enfrentado a los estudiosos, y los más audaces han propuesto la existencia de otros cultivos alternativos, plantas de mayor productividad, y recorrieron la tierra en busca de canales, terrazas y albarradones que probaran la práctica de la agricultura intensiva, y hasta pusieron en marcha radares aéreos para detectar los vestigios de campos elevados y otras técnicas de gran rendimiento.

Ahora podemos afirmar que en ciertos momentos de la historia maya, cuando se incrementaba la población o las presiones tributarias eran mayores, entonces se drenaron los pantanos y se llevaron a cabo grandes obras públicas para que el maíz creciera ininterrumpidamente, con suficiente agua y abono, durante años y años. No se puede creer, por consiguiente, que la civilización de la época clásica (del 300 al 900 d. J. C.) se hundiera debido a la escasez de alimentos y al agotamiento de los suelos.

Pero en la zona más septentrional de la península de Yucatán no hay ríos, ni extensas aguadas, ni llueve bastante, es una región semiárida en la cual el agua se filtra con rapidez a través de la porosa superficie caliza. La gente tuvo que apiñarse sin remedio en torno a los pozos naturales que se producen cuando se hunde el suelo y aflora la subterránea capa freática; son los llamados cenotes (del maya *dzonot*). Aquí ni siquiera el bosque es elevado y tupido como en el sur, sino pobre y chaparro, lugar sin duda indeseable para una civilización poderosa y exigente con los recursos del medio. Mas de nuevo los mayas supieron sacar el partido deseado a estas tierras, y florecieron las ricas y populosas ciudades, la más gloriosa de las cuales fue probablemente Uxmal.

La solución a este aparente enigma se encuentra quizá en el desarrollo del comercio, sobre todo del tráfico de sal, aunque también de fibras vegetales, conchas, miel y moluscos ahumados. Las ciudades están relativamente próximas a la costa; excavaciones recientes en los sitios de Dzibilchaltún y Komchén, y datos adicionales de Chunchucmil, informes coloniales y tradiciones conservadas hasta hoy, sugieren la explotación sistemática de las salinas norteñas y la organización del intercambio a larga distancia tanto por tierra como por mar, costeando la península desde la laguna de Términos hasta el golfo de Honduras.

Reyes o sacerdotes

Desde que en el siglo XIX se hicieron los primeros ensayos de interpretación de las representaciones del arte maya, hubo una notable coincidencia entre los especialistas: las figuras humanas de la escultura y la pintura debían ser sacerdotes, su movimiento y actitudes eran por tanto la realización de ignotos rituales. Los primeros jeroglíficos que fueron descifrados eran todos de carácter cronológico y astronómico. La conclusión, de inmediato convertida en dogma científico que ha perdurado cien años, fue que la civilización clásica maya era algo así como una rígida teocracia en la que austeros clérigos ocupaban sus días en medir el paso del tiempo y anotar en copiosos registros las idas y venidas de los cuerpos celestes. Con la vista clavada en el firmamento, escrutado por encima de los árboles desde lo alto de las pirámides, y las manos ocupadas en escribir o quemar el sagrado incienso copal, aquellos sabios vivían apartados del mundo, de sus pompas y de sus flaquezas.

Esta imagen conventual quedó rota a partir del año 1958, cuando investigadores como Heinrich Berlin, Tatiana Proskouriakoff, David Kelley y

otros, probaron definitivamente que la civilización maya, al igual que sus homólogas del Viejo Mundo, tuvo reyes y dignatarios, guerras y dominaciones, alianzas, intrigas palaciegas, luchas por la sucesión y la hegemonía, mercaderes y esclavos, templos a los dioses pero también colosales mausoleos reales. Disipada la falsa y excluyente atmósfera de religiosidad, surgió la historia a la manera usual, con dinastías, cortes, batallas, nombres, nacimientos y muertes. El avance en el estudio de la escritura jeroglífica fue decisivo para abordar esta nueva interpretación de la cultura; hay que señalar que la escritura maya, complicada y oscura, es de las pocas que restan aún por descifrar, y que sólo un tercio aproximadamente de los signos que la componen nos ha revelado sus secretos, y esto a pesar de que la lengua encerrada tras los motivos gráficos es seguramente una de las que viven todavía en las tierras calientes tropicales: el chol, el chontal, el yucateco, el mopán, o una mezcla de ellas, con rasgos arcaicos y esotéricos ahora en desuso o transformaciones debidas a la lejanía temporal.

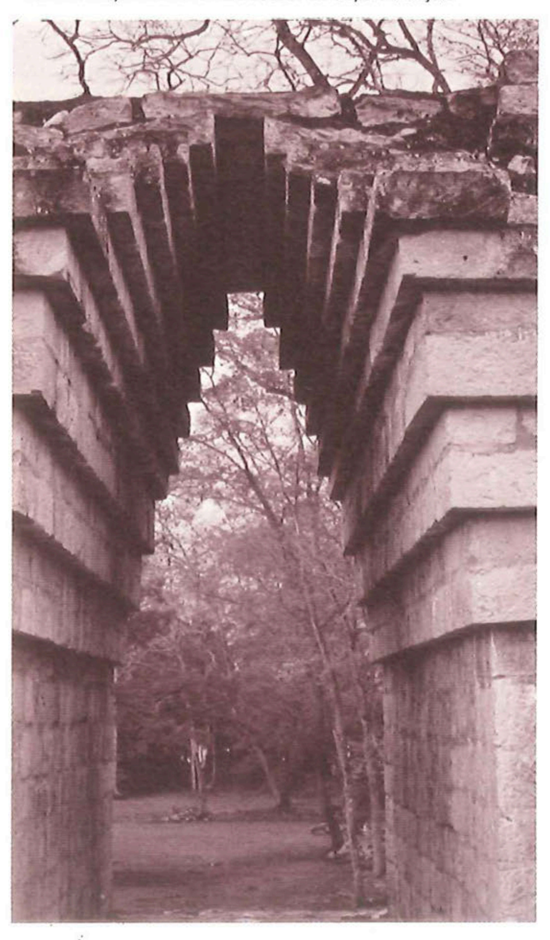
Los viajeros de la obsidiana

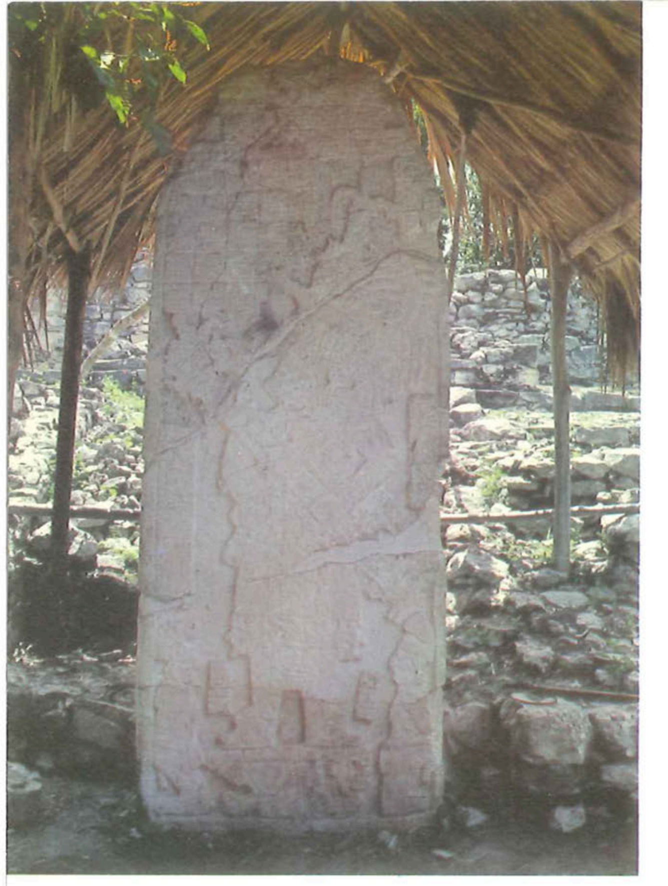
Allá por los albores del siglo IV de nuestra era paseaban sus banderas triunfantes por el sur de Mesoamérica unas gentes que eran mitad guerreros, mitad mercaderes. No sabemos de qué manera se llamaban a sí mismos, pero los aztecas, mucho después, denominaban a su ciudad capital Teotihuacán, una inmensa urbe, la más grandiosa que los indios americanos construyeron jamás, cuyas ruinas cubren alrededor de veinte kilómetros cuadrados en el altiplano central de México, cerca del moderno distrito federal. Estos teotihuacanos dominaron una red de rutas comerciales hasta Guatemala, y fundaron colonias o embajadas mercantiles un poco por todas partes. Justo al lado de la ciudad de Guatemala ocuparon un sitio de nombre Kaminaljuyú, y desde él se adentraron en las selvas yucatecas dispuestos a obtener las plumas ricas, las pieles del jaguar y del venado, el copal, la resina del chicozapote, la cal, y otros productos vegetales o minerales que sólo existen en la tierra caliente.

El reino más poderoso en ese tiempo, o quizá el lugar central, mejor situado para las incursiones comerciales, era Tikal, y allí se establecieron los teotihuacanos, no sin apoyo militar —los mayas designaban a los forasteros, al parecer, como el pueblo del lanzadardos, un arma superior a las lanzas locales—, y fundaron una dinastía que dio reyes famosos como Cielo Tormentoso (hacia 435 d. J. C.). Portaban además un arma de efectos más contundentes porque repercutían en la economía de Mesoamérica, la obsidiana, el vidrio volcánico útil para cortar en unos países donde no se conocían los metales; el monopolio de la obsidiana, sobre todo de la bella variedad verde extraída cerca de la metrópoli, en Pachuca, dio a los teotihuacanos su imperio en los cuatro puntos cardinales.



Cabeza de viejo proveniente de Copán (arriba). *Detalle de una bóveda maya en una construcción de Copán* (abajo).





Pero la hipertrofia de ese gigantesco estado condujo a la bancarrota final, a mediados del siglo VII en el altiplano de México, y antes en las selvas mayas. Tikal y otros lugares se vieron libres de extranjeros, pero algo del espíritu emprendedor, del estilo político y de las fórmulas religiosas teotihuacanas quedó para siempre en Guatemala y Yucatán. Los dioses dinásticos del período Clásico Tardío, los antepasados fundadores, guardaron desde entonces cierta semejanza con el dios nacional y étnico de los hombres del lanzadardos, la famosa deidad acuática Tláloc, a la que los aztecas concedieron más tarde el honor de compartir el Templo Mayor de Tenochtitlan con su numen guerrero Huitzilopochtli.

Citaremos aquí con brevedad algunos de los recientes descubrimientos arqueológicos realizados en el área de las tierras bajas mayas. La reseña, por ligera que sea, de tales hallazgos es una ojeada al momento actual de nuestros conocimientos, e indica tanto lo mucho conseguido como el camino que queda por recorrer.

1) *Aparecen los primeros habitantes.* Hasta hace pocos años no se había encontrado vestigio alguno de los hombres paleolíticos en las selvas mayas. Excavaciones en la cueva de Loltún (Estado de Yucatán) y exploraciones en Belice han demostrado que los cazadores y recolectores transitaban por esas tierras hace por lo menos diez mil años. Sus industrias de piedra son semejantes a las descritas en otros puntos de México y Guatemala.

2) *Una aldea de tiempos remotos.* El sedentarismo, la agricultura y la edificación de templos o adoratorios empezó hacia el 2500 a. J. C. En el sitio llamado Cuello, en el norte de Belice, el británico Norman Hammond ha excavado uno de los caseríos más viejos de Mesoamérica. Lo más sorprendente es que, en esas fechas tan remotas, los habitantes de Cuello manufacturaban ya una hermosa cerámica con técnicas y decoraciones que no eran de ningún modo simples ni primitivas.

3) *La civilización es más vieja de lo que se pensaba.* Suponíamos que el período Clásico coincidía con el surgimiento de la sociedad compleja —jeraquizada y centralizada— y las formas artísticas monumentales. Excavaciones en los sitios de El Mirador y Cerros (Petén y Belice) han demostrado que los mayas construyeron inmensos edificios piramidales y centros de ceremonias varios siglos antes del nacimiento de Cristo. La civilización comenzó sin duda en los bosques de Centroamérica por lo menos 400 años antes de lo que se creía.

4) *El arte que llega desde el otro lado de las montañas.* Rasgos característicos de la civilización maya son la escritura jeroglífica y el labrado de estelas de piedra en relieve. Además, los sacerdotes elaboraron un intrincado calendario cuya precisión y magnitud no tienen parangón en ninguna cultura de la antigüedad. Pues bien, esos rasgos parece que no se originaron en el área de las tierras calientes donde tuvo su asiento el florecimiento clásico, sino al otro lado de las sierras suroccidentales y de la cordillera volcánica, en la vertiente del océano Pacífico. Bellos ejemplares de estelas con fechas mayas y jeroglíficos se han descubierto en Abaj Takalik, en el Departamento guatemalteco de Retalhuleu. Los arqueólogos suponen ahora que la influencia de los olmecas, la primera civilización de Mesoamérica, tuvo algo que ver en el florecimiento de Abaj Takalik y de la vecina ciudad de Izapa. Arte e ideas pasaron al Petén, Belice y Cuenca del río Usumacinta, y allí, en amalgama con las realizaciones de El Mirador y Cerros, produjeron la espléndida civilización maya.

5) *El dios Sol y el ritual del juego de pelota.* Mascarones y ornamentos de los sitios de Cerros y El Mirador, e incluso de Tikal, parecen probar que la primera gran divinidad maya fue la que mucho después se llamaría Itsamná-K'inich Ahaw, es decir, el cielo y el Sol, apoyo ideológico de las reformas políticas que llevaron a la sociedad estratificada y a la civilización en los siglos anteriores al comienzo de la era cristiana.

Por otro lado, en Cerros se hallaron las construcciones para el juego de pelota más antiguas de Mesoamérica. Al menos entre los mayas clásicos el juego de pelota debió tener un significado cosmológico, profundamente religioso, un rito en el que se enfrentaban dos equipos representantes de los ámbitos celestes y telúricos, y que solía terminar con la decapitación de uno de los jugadores, tal y como se narra en el Popol Vuh que pereció el progenitor del Sol y de la Luna a manos de las

Dos vistas de las ruinas de Tulum. Arriba: *el castillo, que se alza al borde del acantilado, sobre el mar Caribe.* Abajo: *gran mascarón en una esquina del Templo de los Frescos. Estela 20 de Cobá, México* (izquierda)

potencias infernales. El descubrimiento de esos antiguos juegos de pelota demuestra que el rito, y los mitos subyacentes, acompañaron el origen de la civilización maya, y que probablemente sustentaban la nueva estructura social.

6) *Huellas teotihuacanas por todas partes.* Descubrimientos recientes en los sitios de Tikal, Yaxhá, Dos Pilas, Altun Ha, Seibal, Yaxchilán y Xelhá, prueban que la presencia, o por lo menos la influencia de los teotihuacanos, se extendió por todas las tierras bajas tropicales, desde el golfo de México al mar Caribe. Pinturas, cerámicas, obsidianas, edificios y multitud de símbolos de indudable procedencia, estilo o significado teotihuacanos aparecen por doquiera se realizan excavaciones arqueológicas. Ahora estamos empezando a entrever la profunda penetración de esa cultura del altiplano, cuya metrópoli se encuentra en ocasiones a miles de kilómetros de sus colonias o lugares de comercio.

7) *Un archivo maya en barro cocido.* Durante las temporadas de excavaciones en el sitio de Comalcalco, uno de los más occidentales de las tierras bajas, en el Estado actual de Tabasco, se han encontrado decenas de *ladrillos* o planchas de barro cocido ornamentadas con numerosos motivos simbólicos y con signos jeroglíficos. Nadie ha intentado por ahora clasificar, analizar e interpretar esta fabulosa *biblioteca* que recuerda las halladas en Egipto y Mesopotamia, pero es indudable que su estudio va a suponer en el futuro un sustancial avance en el conocimiento de la sociedad maya y de sus creencias y obsesiones.

8) *Otra capilla sixtina del arte maya.* Este es el tópico calificativo que se ha empleado para describir las maravillosas pinturas murales de Bonampak. Lamentablemente, el clima lluvioso, cálido y húmedo, de las selvas no es el más beneficioso para la conservación de las pinturas al fresco en el interior o exterior de los edificios. No cabe duda de que el arte universal ha perdido gran cantidad de bellos ejemplos del soberbio pincel maya, pero de vez en cuando la fortuna sonríe a los exploradores, y ahora Martine Fettweis y Ian Graham han dado a la publicidad el hallazgo de una construcción con los muros pintados en La Pasadita, quizá no tan hermosos como Bonampak, o de la trascendencia cocumental que la cueva de Naj Tunich (otro descubrimiento reciente de gran importancia), y bastante deteriorados además, pero otra muestra al fin y al cabo de la maestría de los antiguos artistas.

9) *Las tumbas de los reyes.* Alberto Ruz encontró hace ya treinta años la más suntuosa y monumental de las tumbas reales, la de Pacal de Palenque. Pero entonces nadie sabía quién era el ocupante del mausoleo, ni se podía leer su nombre en las inscripciones de la famosa lápida que cubría el pesado sarcófago. Desde entonces muchos sepulcros reales han desvelado su misterio; destaca, sin duda, la tumba 116 de Tikal, colocada en el interior, debajo más bien, de la gran pirámide llamada Templo I o del Gran Jaguar, y que pertenecía al rey Kal Cacabil, artífice del inicio del esplendor clásico de la enorme ciudad de la jungla del Petén. Bellos recipientes con pinturas policromas, jades y huesos con interesantes incisiones figurativas hábilmente ejecutadas, fueron depositados en el terreno situado unos sesenta metros por debajo del templo funerario del monarca.

Parece que también recientemente se han descubierto algunas tumbas de los miembros del linaje gobernante de Yaxchilán, una de las ciudades más poderosas de la región del Usumacinta, notable por la belleza de sus esculturas y por el ardor guerrero de sus soberanos.

10) *¿Para qué sirvieron los grandes canales?* En las ciudades de Etsná (Estado de Campeche) y Cerros (Belice) se descubrieron largos canales artificiales que fueron atribuidos a las necesidades de la agricultura antigua. Pero la proximidad a los centros ceremoniales, su trazado, y otras características, hacen pensar que también pudieron ser utilizados como vías procesionales acuáticas, en los ritos y celebraciones, a la manera de los estanques camboyanos.

Un problema semejante plantea el enorme foso del sitio de Becán (Campeche), que encierra todo el perímetro de la ciudad. Los arqueólogos creen que tuvo en el pasado una función defensiva, pero existen varios pasos que salvan la zanja y, en todo caso, no es posible probar la actividad guerrera que en esa época —principios del período Clásico— justificara tan grande inversión de fuerza de trabajo. Otra obra parecida es la rectilínea excavación que se encuentra casi a mitad de camino entre las ciudades de Tikal y Uaxactún, cuya función es igualmente desconocida.

11) *El libro de los muertos de los antiguos mayas.* Michael D. Coe, investigador norteamericano, ha descubierto que los mayas escribieron, con escenas y jeroglíficos, sobre la superficie de las vasijas que depositaban en los enterramientos, todo un ciclo de mitos que tenían que ver con el relato contenido en el Popol Vuh. El primer y arquetípico viaje de ultratumba fue el que llevaron a cabo los gemelos divinos Hunahpú e Ixbalanqué, quienes más tarde, después de superar todas las pruebas que les presentaron los señores del inframundo, acabaron transfigurados en el Sol y la Luna. Lo mismo que los egipcios colocaban en papiros, muros o féretros, las escenas y fórmulas instructivas y convenientes para vencer el peligroso trayecto por el *Duat,* así los mayas acompañaron los cadáveres de sus reyes y nobles con unas historias sagradas que debían repetir y que les permitían acceder, cual si fueran dioses, a la gloria eterna.

12) *El cuarto códice.* El afán misionero y el celo inquisidor de los frailes españoles colaboraron con el clima tropical para lograr la destrucción de la mayoría de los libros que los mayas hacían con corteza de árbol recubierta de cal. Durante la época Clásica debieron existir miles de esos libros, cuya información sería ahora de vital importancia para los estudiosos. Sin embargo, solamente tres eran conocidos hasta hace unos años, nombrados por



Diseño de un fresco de la estructura B-XIII, en Uaxactun

las ciudades en que se guardan: el Códice de Dresde, el Códice de Madrid y el Códice de París. Su edad es postclásica y su contenido eminentemente religioso con horóscopos y profecías.

Perdida casi la esperanza de hallar otros manuscritos salvados de la humedad y los autos de fe, recientemente apareció un nuevo códice en la colección del Club Grolier de Nueva York, con cuyo nombre ha sido bautizado. El Códice Grolier es un texto breve que ocupa pocas páginas y no tiene la calidad pictográfica de los demás, mas es una luz de esperanza que hace pensar que en otros lugares, entre las manos de los saqueadores de tumbas, o en las vitrinas de algún anónimo coleccionista, tal vez lleno de polvo en un anaquel olvidado de un remoto convento, duerma uno de estos preciosos objetos que tanto pueden aún enseñarnos sobre la antigua civilización.

13) *Los soviéticos ganan la carrera del desciframiento.* Después de cien años de esfuerzos, un investigador proclama que ha conseguido descifrar los jeroglíficos mayas. Su método se apoya en considerar la escritura antigua como un sistema de signos en parte ideográficos y en parte alfabético-silábicos con valor fonético. Yuri Knorozov, retomando las desprestigiadas indicaciones del obispo del siglo XVI fray Diego de Landa, ha logrado publicar la traducción completa de los cuatro códices prehispánicos. Para sus seguidores es el nuevo Champollion de Centroamérica, y sin embargo la mayoría de los epigrafistas y filólogos, que todavía están analizando su trabajo, opina que tiene razón en los fundamentos generales pero se equivoca en la aplicación de textos concretos. En cualquier caso, los jeroglíficos de los códices, precisamente por el carácter temático especializado de esos libros, son sólo una parte del total, y de época tardía.

Mientras no se descifren las frases de los relieves y las pinturas clásicos no se podrá afirmar que la escritura ha dejado de ser un enigma. Pero la empresa de Knorozov ha provocado, además de una fuerte controversia, una renovada inquietud y un empeño que parece definitivo por dar cima a la tarea de la comprensión de los signos. Estamos en el umbral de la lectura de las estelas, de las escalinatas labradas como las de Copán o El Resbalón, de los jades y cerámicas repletos de oscuras palabras, y pronto veremos que los mayas entran plenamente en el campo de la historia antigua, despejándose las brumas que hasta ahora la arqueología no había logrado ahuyentar.

Bibliografía

Disselhoh, H. D., *Las grandes civilizaciones de la América Antigua,* Barcelona, Destino, 1965. Krikcberg, W., *Las antiguas culturas mexicanas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980. Llopis, J. J., *Aztecas, mayas e incas,* México, Daimón, 1980. Morley, S. G., *La civilización maya,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Peissel, M., *El mundo perdido de los mayas,* Barcelona, Juventud, 1981. Rivera, M., *Los Mayas, una sociedad oriental,* Madrid, Universidad Complutense, 1982. Rivera, M., *Los mayas de la antigüedad,* Madrid, Alhambra, 1985. Séjourné, L., *América Latina. Las antiguas culturas precolombinas,* Madrid, Siglo XXI, 1985. Stingl, M., *El secreto de las pirámides mayas,* Barcelona, Juventud, 1981. Sydney, J. E., *Grandeza y decadencia de los mayas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Thompson, J. E. S., *Historia y religión de los mayas,* México, Siglo XXI, 1979.